

En las afueras de París Sobre dos relatos del Vizconde de Lascano Tegui y de Honorio Bustos Domecq

por *Martín Kohan*
(*Universidad Nacional de Buenos Aires*)

RESUMEN

La dicotomía espacial entre centro y periferia queda cuestionada por la representación de otro tipo de espacialidad: la periferia del propio centro. Este artículo toma dos relatos (De la elegancia mientras se duerme del Vizconde de Lascano Tegui y “Mas allá del bien y del mal” de Honorio Bustos Domecq...) que producen un desplazamiento desde París hacia las afueras de la ciudad, con lo que reformulan ciertos tópicos de la literatura argentina sobre las centralidad cultural de lo francés.

En la dedicatoria a los integrantes de “La Púa” que funciona como marco para *De la elegancia mientras se duerme*,¹ el Vizconde de Lascano Tegui establece dos coordenadas decisivas: París, 1924. Para un texto que, como éste, se liga estrechamente con las vanguardias estéticas², tanto esa ciudad como ese año indican la más absoluta centralidad (se trata, por lo pronto, del lugar y del momento de la aparición del primer manifiesto surrealista por parte de André Bretón).

Sin embargo, entre la página inicial de la dedicatoria y el texto de la novela propiamente dicho, se produce un doble desplazamiento. En lo que hace a lo temporal, se pasa de 1924, fecha real de publicación que figura al pie de la dedicatoria, a los años finales del siglo XIX, que es cuando transcurre la ficción del relato. Pero en lo que hace a lo espacial, el desplazamiento es aún más significativo: se pasa de París, ciudad en la que Lascano Tegui firma su dedicatoria, a Bujival, que es donde se desarrolla la narración: al pasar del marco a la ficción, se pasa de París, la gran capital, a Bujival, el modesto pueblo de las afueras.

Este pasaje se articula a través de la figura duplicada de un molino. Por una parte, aparece el “Moulin Rouge” de París, en el comienzo mismo del texto, y una dama que allí, hablando en español, anuncia un asesinato. De inmediato se menciona otro molino (un molino, y no un lugar con nombre de molino), ya en Bujival: en ese viejo molino del tiempo de Luis XIV, el molinero se encargó de asesinar al señor de Bujival, en los días de la Revolución.

Entre el anuncio de un asesinato y el primero de los asesinatos que se narran en *De la elegancia mientras se duerme*, es decir, entre un molino y el otro, se pasa de la gran ciudad al pequeño pueblo, con lo que la centralidad que se subrayaba en la dedicatoria (París, 1924) queda ahora desplazada en favor de la periferia: Bujival, en los alrededores de París, en sus márgenes.

El Vizconde de Lascano Tegui, marginal él mismo dentro de la vanguardia clásica argentina, inscribe en este deslizamiento inicial hacia la periferia una de las premisas fundamentales de su texto.

Este movimiento centrífugo no se ajusta, sin embargo, a los parámetros habituales de la dicotomía de centro y periferia, oposición que define, como es sabido, toda una clave de lectura para la literatura argentina en lo que hubo y hay en ella de veneración hacia Europa.³ En ese caso,

¹ Vizconde de Lascano Tegui. *De la elegancia mientras se duerme*, Ediciones Simurg, Buenos Aires, 1995.

² Ver el prólogo de Celina Manzoni a la citada edición, bajo el título: “El Vizconde de Lascano Tegui y *De la elegancia mientras se duerme*: los márgenes de una poética”.

³ Se lee esa clave en el ya clásico estudio desarrollado por David Viñas en *Literatura argentina y realidad política*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982, sobre la zaga del viaje a Europa.

la centralidad de París constituye la condición periférica de, por ejemplo, Buenos Aires.

Pero para alterar los términos de esta relación no basta con oponerle a París la vida en la provincia francesa, porque bajo una formulación semejante la relación jerárquica de centro y periferia reaparece como antagonismo entre la gran ciudad capital y el interior provinciano. La literatura francesa no puede escapar, por lo tanto, de esa ratificación de jerarquías, de allí que la representación de la vida de provincias se vea consagrada en la centralidad del canon (*Madame Bovary* de Flaubert, *Rojo y negro* de Stendhal, *En busca del tiempo perdido* de Proust).

El movimiento que se produce, en cambio, desde la literatura argentina, en *De la elegancia mientras se duerme*, supone un planteo diferente de las cosas. No es la ratificación de la verticalidad de centro y periferia que la tradición del viaje a Europa no hacía más que reforzar, pero no es tampoco un intento de invertir la valoración de los polos de la dicotomía: un intento tan vehemente y esmerado como inútil, en la medida en que no logra sino sostener como válida a la dicotomía misma, y a los términos que en ella se enfrentan. Aquí se trata, entonces, de otra clase de operación.

“Confieso que no conozco otra ciudad del mundo que Buenos Aires —escribió Macedonio Fernández—. ¿Cómo son los varsovianos o los budapestinos?”⁴. Entre la confesión (la confesión que se supone le corresponde a todo aquel que pague de sedentarismo) y la curiosidad (la curiosidad que todo viajero que se precie ha de detentar), Macedonio parece introducir un desvío: la curiosidad no se refiere a Roma, a Londres o a París, sino a Varsovia y a Budapest (a los varsovianos y a los budapestinos, a decir verdad, porque así como no se conocen países, sino ciudades, tampoco se conocen ciudades, sino ciudadanos). La condición de centralidad que siempre se concede a lo europeo se vería alterada en este caso por el desvío que introduce Macedonio, porque Macedonio designa, en ese centro que es Europa, una zona de periferia.

No se trata de convertir a lo central en periférico, invirtiendo la polaridad de la dicotomía, sino de evidenciar que en cada uno de esos dos polos que se enfrentan no hay ni la homogeneidad ni la uniformidad que se presupone. Se trata entonces de leer lo que hay ya de periférico en lo que se presentaba como central.

Situarse en Francia, pero —tal como sucede en *De la elegancia mientras se duerme*— tomando las afueras de París y no París, ya no implica la designación de una periferia que no hará más que ratificar al centro, sino de una periferia que impregnará al centro, y que —por teñirlo de lo periférico— lo problematizará como tal la promesa de centralidad que Francia supone para la mirada de la cultura argentina tradicional, se complica desde la base cuando lo que se presenta es la periferia (pero la periferia de París).

De este modo, lo que era *antinómico* se torna *ambivalente*⁵: se pasa de una contraposición rígida entre un centro y un margen, donde la centralidad del centro y la marginalidad del margen no ofrecen dudas en su definición, a la ambivalencia de un centro que, siendo centro, se revela también como marginal en sí mismo.⁶

El pasaje de París a Bujival que produce Lascano Tegui (entre la dedicatoria y el texto) condensa esta operación. Pero la relación entre la gran ciudad y el pueblo de las afueras va prolongándose, a partir de allí, a lo largo de toda la novela, y el elemento que las articula es, fundamentalmente, el río. El río Sena conecta a París con Bujival, estableciendo la relación de precedencia y marginalidad, y también convocando en el texto las escenas de márgenes: para acercarse al Sena hay que andar por las orillas.

Los ríos funcionan, desde la comparación de Heráclito por lo menos, como metáfora de

⁴ Fernández, Macedonio. *Todo y nada*. Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1995; pág. 88.

⁵ En el pasaje de la pura oposicionalidad (en la que, aun en la inversión de términos, se sostiene el binarismo) a la ambivalencia (en la que la identidad de cada término consigo mismo se ve cuestionada), sigo a Homi K. Bhabha, *The location of culture*, Routledge, London and New York, 1994.

⁶ No necesariamente ocurre lo inverso: que la propia marginalidad pase a verse como central. Para ello sería necesario modificar los términos de la relación: poner a Buenos Aires frente a las provincias argentinas, o mejor, poner a Argentina frente a los otros países sudamericanos.

la vida; en *De la elegancia mientras se duerme*, en cambio, el Sena arrastra permanentemente signos de enfermedad o de muerte. Lo que el río trae —viniendo, como viene, de París— son cadáveres: los cuerpos de los ahogados que terminan atascándose entre las rejas del molino. Las crecidas del Sena durante el invierno inundan, además, la parte baja del cementerio: ahogan, esta vez, a los que ya están muertos.

Hallar muertos y matar —fórmulas recurrentes en este texto— aparecen asociados desde un principio al río y al molino. El crimen que había sido anunciado en el Moulin Rouge de París, acabará cometiéndolo el narrador (que, cuando niño, era una especie de héroe en Bujival, por su destreza para encontrar cadáveres en el molino). Ese crimen final (que el narrador siente como tentación en una caminata a orillas del Sena), se concreta sobre el río mismo, en un barco extranjero que flota sobre el Sena (la víctima, como en aquel caso inicial del molinero con el señor de Bujival, es una aristócrata venida a menos).

Lo que proviene de París, entonces, y lo que convoca el río que viene de París, al mirar desde Bujival, es enfermedad o es muerte. Pero hay aún otra instancia de representación en *De la elegancia mientras se duerme*, que es la de los relatos de los cocheros que viajan a París (no así el narrador, a quien, cuando niño, los cocheros llevan a pasear, pero siempre haciéndolo bajar antes de llegar a la gran ciudad). París queda definida entre dos órdenes. Por una parte, las instituciones ligadas al Estado: en París están la universidad, el manicomio, la gendarmería, la escuela. Y por la otra, los ámbitos públicos: en París están los cafés y los burdeles.

El narrador hará más tarde su propio viaje, aunque obligado por el servicio militar. Ambas dimensiones (la de lo público estatal y la de lo público no estatal⁷) reaparecen allí. Sólo que ya no se trata de París, sino de Kairuan: la ciudad santa de los árabes en África. En principio, el registro de lo africano en la novela parecería apuntar a los tópicos de la relación de centro y periferia tal como por lo común se establecen mediante el paradigma colonial:

Alrededor de la estación del ferrocarril se ha detenido el progreso. Lentamente se va formando el barrio europeo. El progreso comprende una sucursal de correos, un “Hotel de Francia” y algunas casas de ladrillo donde viven los perceptores de la renta (...). Hay que agregar a todas estas muestras de europeísmo acampados a la vera de ese gran corral blanco de la ciudad musulmana la comisaría local, una delegación municipal, un café con su melancólico billar y un burdel que representa la autoridad y el orden dentro de la prostitución.⁸

Al ferrocarril, el correo, la comisaría, el municipio y la recaudación de impuestos, siguen los ámbitos públicos no estatales: el hotel (pero el hotel es “de Francia”), el café y el burdel. El servicio militar del narrador va a transcurrir casi todo el tiempo, no en un cuartel, sino en un café o en un burdel⁹; y su resultado será, nuevamente, una enfermedad: la sífilis.¹⁰

Sin embargo, esta relación aparentemente jerárquica entre el progreso europeo (“alrededor de la estación del ferrocarril se ha detenido el progreso...”) y el atraso colonial africano, se ve corroída en el texto de Lascano Tegui mediante la previa desarticulación de la preminencia parisina en la relación París-Bujival.

Ir a Keiruan es, finalmente, como ir a París, en la medida en que el viaje a París (mirado, claro está, desde la periferia de Bujival) consistía en un idéntico ir a pasarla en el café y en el burdel.

De la elegancia mientras se duerme define así dos mecanismos de desarticulación de la

⁷ Sigo aquí las definiciones de Jürgen Habermas en *Historia y crítica de la opinión pública*, Gili, Barcelona.

⁸ *De la elegancia mientras se duerme*, op. cit., pág. 77.

⁹ Hay otro viaje de parte del narrador, que solamente se menciona y que es, también, un viaje hacia o desde burdeles (*De la elegancia mientras se duerme*, op.cit., pp. 71 y 72).

¹⁰ Hay otro viaje de este tipo que se menciona antes, un viaje al Amazonas por parte del padre del narrador, del que resulta igualmente una misteriosa enfermedad que le provocará la muerte a su hermano.

dicotomía centro-periferia. Hay un primer nivel de desarticulación que es el que se produce entre la gran ciudad y el pueblo de las afueras: París y Bujival se ligan en un mismo sintagma (que el río hace posible) de crimen y proliferación de cadáveres. A partir de esto, hay un segundo nivel en el que se desarticula la verticalidad de la relación entre el centro imperial y el margen colonial¹¹: se pasa de París a Keiruan porque en verdad se pasa de burdel a burdel, así como, una vez en África, se pasa de Yvonne, la prostituta francesa con rufián marsellés, a Grisela, la prostituta musulmana con rufián árabe, con la ventaja —a favor de Grisela— de la baratura y la extrema juventud.

La fórmula misma de centro y periferia expresa una forma de dominación (en este caso, por ejemplo, de Francia sobre África, o de Europa sobre América). Los términos de la dicotomía entre centro y márgenes, y la propia disposición del problema bajo la forma de una dicotomía, implica la desigualdad de una relación de poder. El margen mismo se revela como una invención del centro, ya que el centro lo constituye como margen para ratificar así su centralidad y, con ello, su predominio. El centro designa al margen para así definirse como centro, con lo que simplemente enarbolar la propia condición de marginalidad sería menos un desafío al poder que una ratificación del mismo.

En este sentido, una operación como la de Lascano Tegui en *De la elegancia mientras se duerme*, desbaratando la antinomia de centro y periferia y mostrándola en sus contradicciones,¹² sin reafirmarla pero sin tampoco meramente invertirla en sus contenidos, puede leerse como una forma de impugnar esa disposición del poder.

Hay un punto, sin embargo, en el que este mismo procedimiento puede pasar a funcionar de manera exactamente contraria. El mero apartarse de la división de centro y periferia, eliminando así la expresión de la desigualdad, puede llegar a resultar una forma de negación de la relación de poder efectivamente existente: se borraría la desigualdad que la dominación establece, bajo la forma de centro y periferia, pero instaurando una falsa ilusión de paridad y de equivalencia, donde en realidad persiste el desequilibrio de la dominación.¹³

Lascano Tegui corroe dos formas de mapificación jerárquica: París-Bujival y Francia-África, pero no por eso diluye la tensión de las relaciones de poder: lo que muestra, más bien, son sus límites, y lo que aparece en los límites de las relaciones de poder es la violencia. *De la elegancia mientras se duerme* es una novela sobre el crimen, sobre los crímenes en los que no se dará con el culpable y en los que el culpable no se delatará por remordimientos, ya que no siente remordimientos. Es un crimen sin castigo, y es un crimen dirigido, además, contra el que prevalece en las relaciones de poder. El relato menciona, en su inicio, un asesinato político: el asesinato de un aristócrata, el señor de Bujival, ahogado intencionalmente en el molino, en los días de la Revolución. Y el relato concluye con otro asesinato, más o menos un siglo después, esta vez un asesinato gratuito, pero cometido contra una mujer a la que su condición de inglesa permite designar como aristócrata.

Los crímenes contra la aristocracia de la novela de Lascano Tegui reintroducen la verticalidad y la disparidad, a la vez que el texto cuestiona el sistema de producción de diferencias que supone la oposición de centro y margen.

Una similar operación de desplazamiento en la representación de lo europeo aparece en un texto de Bustos Domecq: “Más allá del bien y del mal”.¹⁴ Puede que resulte significativo que

¹¹ Sobre esta cuestión, ver Edward Said, *Culture and imperialism*, Alfred A. Knopf, New York, 1993.

¹² Sobre la relación entre antinomias y contradicciones, sigo a Fredric Jameson, “The Antinomies of Postmodernity”, en *The Seeds of Time*, Columbia University Press, New York, 1994. Según Jameson, mientras la antinomia separa unívocamente y establece dos proposiciones radicalmente incompatibles, la contradicción considera aspectos y parcialidades y puede ser, a la larga, productiva. Esta instancia no es igual a la considerada por Homi Bhabha (ver nota 5), pero creo que en el texto de Lascano Tegui pueden advertirse, en momentos distintos, ambos mecanismos.

¹³ Sobre el modo en que el relativismo (el de la antropología posmoderna, concretamente) puede llevar a un ocultamiento de la desigualdad y las relaciones de poder efectivamente existentes, ver Ernest Gellner, *Posmodernismo, razón y religión*, Paidós, Barcelona, 1994.

¹⁴ Borges, Jorge Luis- Bloy Casares, Adolfo. *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, Ediciones Siruela, Madrid,

estos mecanismos de corrosión no aparezcan en figuras exactamente contrarias a los grupos centralmente ubicados en el sistema literario argentino, sino más bien desde cierta posición lateral generada *dentro* de ese mismo espacio central: la relativa postergación de Lascano Tegui dentro de los grupos de vanguardia argentinos, o el lugar relegado de entretenimiento o pasatiempo al que los propios Borges y Bioy Casares (de cuya centralidad en el sistema literario argentino nada hace falta decir) remitieron a los textos que escribieron juntos bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, sobre todo a los últimos.¹⁵

En “Más allá del bien y del mal”, se vuelve sobre el tópico del viaje a Europa, a través de la figura de un diplomático a quien se designa como cónsul en Francia, en 1924.¹⁶ Como se ve, la centralidad de las coordenadas (Francia, 1924) se repite (aunque, esta vez, marcadas en la ficción); pero, también en este caso, si se señala esa centralidad es para luego —ahora ya con marcada ironía— efectuar sobre ella un mismo desvío: el cónsul está en Francia, sí, pero no en París, sino en una modesta ciudad del interior, Aix-les-Bains, cuyo único interés parecería ser la bondad de sus aguas termales.

Toda promesa de centralidad que pudiese funcionar en este viaje diplomático, no queda más que en la vana jactancia del cónsul (completamente desmentida por lo alejado de su situación real) cuando les envía cartas a sus amigos de Buenos Aires, a quienes menciona como “la barra de la confitería El Molino” (con lo que la secuencia de molinos que llevaba de París a Bujival en el relato de Lascano Tegui incorpora aquí un tercer molino, que remite a Buenos Aires).

Con el mismo movimiento con que se desarma la presunta centralidad francesa, se desarma toda posible intención de configurar una mera inversión de términos que quiera dar preeminencia a lo argentino. La idea de que la evocación de la cordillera de los Andes disminuye la apariencia de las montañas francesas, que el edificio de las termas es un duplicado del edificio de la Estación Constitución pero menos imponente, que la gran cocina francesa nada puede con la parrillada y la buseca, y que el francés carece de la chispa del lunfardo porteño, elimina, por saturación paródica, toda posible inversión de términos en cuanto a colocaciones centrales (el cuento de Borges y de Bioy acaba por derruir los tonos de la nostalgia a la manera de “Anclao en París”; sólo que habiendo sacado a su personaje, previamente, de París, para situarlo en una intrascendente ciudad de las afueras).

Ni la centralidad de París, entonces, por un lado, ni tampoco, por el otro, la pretensión de conceder centralidad a la periferia porteña, por mucho que el cónsul cante tangos, tome mate y juegue al truco. En este sentido, “Más allá del bien y del mal” funciona como *De la elegancia mientras se duerme*.

Pero en este relato se introduce una diferencia significativa: lo que en la novela de Lascano Tegui eran crímenes *contra* la aristocracia, son ahora crímenes *de* la aristocracia.

La aventura del cónsul con la distinguida familia de los Grandvilliers Lagrange (con quienes, comprobando su distinción, se esmera por establecer contacto¹⁷), termina con el descubrimiento casual, por parte del cónsul, de la afición al crimen del Barón, a quien sorprende queriendo envenenar a su propia nieta.¹⁸

La historia se resuelve con una impronta tan nietzscheana como la de su título: la aristocracia no se establece como tal mediante valores morales más puros, sino mediante la

1991.

¹⁵ Ver, por ejemplo, la entrevista a Adolfo Bioy Casares en Guillermo Saavedra, *La curiosidad impertinente*, Beatriz Viterbo, Rosario, 1993, pág. 24.

¹⁶ El propio Lascano Tegui cumplió funciones diplomáticas. En Francia, particularmente, inauguró el museo de la Casa Histórica de San Martín en Boulogne-sur-Mer, en 1934.

¹⁷ “Para el observador argentino, el roce con la aristocracia más rancia, provoca verdadero interés (...). ¿Cómo ingeniármelas para penetrar en ese mundo de categoría?”, *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, op. cit., pp. 50 y 51.

¹⁸ “Ante mi visión de argentino se abrió de golpe esa gran *terra incognita*, ese jardín velado al medio pelo: LA ARISTOCRACIA VELADA DE PREJUICIOS”. *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, op.cit., pág. 59, subrayado y mayúsculas en el original. En el siguiente cuento del volumen, “El hijo del amigo”, se dice: “Yo soñé que en ciertas esferas los valores se respetaban. Me equivoqué” (pág. 81).

violencia y el poder.¹⁹ El crimen, que en Lascano Tegui se dirigía contra el poder, aquí se muestra como aquello que constituye al poder como tal. La desestabilización del orden geográfico de centro y periferia tampoco anula esta vez la verticalidad de la dominación: la exhibe en lo que tiene de arbitrariedad y de violencia. La inclinación a envenenar del Barón Grandvilliers Lagrange, tiene en “Más allá del bien y del mal” un precedente particular: un intento (fallido) de envenenar a Abdul Melek, el gobernador de Marrakesh. Al igual que en la novela de Lascano Tegui, el desplazamiento inicial a las afueras de París se completa luego con un desplazamiento a la periferia colonial africana.

Si bien aquel crimen de Marrakesh fracasó, será el propio cónsul argentino quien acabe envenenado por el Barón en la última noche que se narra en el cuento. Para esa noche, el cónsul había alquilado ropa de etiqueta, siempre con la intención de colocarse a la altura de la familia aristocrática europea con la que está tratando. Pero quien le alquila el traje al cónsul es un argelino. Allí donde se aspiraba a adquirir la apariencia del europeo elegante, se filtra, corrosiva, la huella inesperada de lo colonial: los signos de la periferia colonial habitan los signos de la elevada distinción europea, y los minan desde adentro en su pretensión de centralidad.

¹⁹ O, en todo caso, mediante mecanismos tan arbitrarios como el de Lascano Tegui cambiando su nombre y dándose a sí mismo el título de Vizconde. ¿Cómo eluden los Grandvilliers, en el relato de Borges y de Bioy, la amenaza de la Revolución, amenaza que en *De la elegancia mientras se duerme* conducía al asesinato de un aristócrata? La eluden cambiando “un poco” de nombre: agregando, al apellido “Grandvilliers” (grandes ciudadanos) el apellido “Lagrange” (el granero) (pág. 46).